

ANUNCIAR EL EVANGELIO Y REALIZARLO CON LAS OBRAS

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia, para el 9º domingo durante el año (1 junio 2008)

(Mt 7,21-27).

I. JESÚS ANUNCIA EL EVANGELIO DEL REINO Y LO REALIZA

1. Una constante del Evangelio según San Mateo, que leemos este año, es que Jesús hace lo que dice. En el tercer domingo hemos leído que *"Jesús proclamaba la Buena Noticia del Reino y sanaba todas las enfermedades y dolencias"* (Mt 4,23). Lo mismo escucharemos en dos domingos. Es decir, Jesús anuncia el Reino y comienza a realizarlo. Ésta era una de las características de su enseñanza que causaba asombro y lo diferenciaba de los demás maestros. No sólo decía, sino que hacía lo que decía. Incluso, el mismo modo de anunciar el Evangelio era una obra de su amor. En Jesús era tan honda esta relación entre decir el Evangelio y hacerlo que, cuando los emisarios de Juan Bautista le preguntan si es el Mesías, él no argumenta con razones, sino los remite a sus obras: *"Vayan a contar a Juan lo que ustedes oyen y ven"* (Mt 11,4). Del mismo modo les responde a los fariseos que negaban que fuese el Mesías: *"Si expulso a los demonios con el poder del Espíritu de Dios, quiere decir que el Reino de Dios ha llegado a Ustedes"* (Mt 12,28). Las obras de Jesús muestran que su Palabra no es una teoría más, una doctrina, una concepción del mundo. Es como la Palabra creadora del Génesis: *"Dios dijo: 'Que exista la luz'. Y la luz existió"* (Gen 1,3).

II. LA PALABRA DEL EVANGELIO PIDE SER PUESTA EN PRÁCTICA

2. Acorde con este modo de Jesús de decir y hacer lo que dice: todo lo que él nos enseña es para que lo hagamos, lo practiquemos, lo convirtamos en realidad. Nada nos enseña sólo para nuestra ilustración religiosa. Si nos enseña que Dios en nuestro Padre, es para que nos comportemos como hijos suyos y hermanos de los demás hombres, pues también son sus hijos. De allí que Jesús, al final del Sermón del Monte, sentencie: *"Todo el que escucha las palabras que acabo de decir y las pone en práctica, puede compararse a un hombre sensato que edificó su casa sobre roca. Cayeron las lluvias, se precipitaron los torrentes, soplaron los vientos y sacudieron la casa, pero ésta no se derrumbó, porque estaba construida sobre roca"* (Mt 7,24-25). Muy distinta es la suerte del hombre insensato que escucha la Palabra y no la pone en práctica.

3. De muchas maneras Jesús nos insiste en que practiquemos su palabra. Lo hizo especialmente en la Última Cena: *"Si me aman, cumplirán mis mandamientos... El que recibe mis mandamientos y los cumple, ese es el que me ama... El que me ama será fiel a mi palabra... El que no me ama no es fiel a mis palabras"* (Jn 14,15.21.23.24).

4. Nosotros estamos tentados de contentarnos con escuchar el Evangelio. El apóstol Santiago saliendo al paso de esta tentación, escribe a sus fieles: *"Reciban con docilidad la Palabra sembrada en ustedes, que es capaz de salvarlos. Pongan en práctica la Palabra, y no se contenten sólo con oírla, de manera que se engañen a ustedes mismos. El que oye la Palabra y no la practica, se parece a un hombre que se mira en el espejo, pero en seguida se va y olvida de cómo es. En cambio, el que considera atentamente la Ley perfecta, que nos hace libres, y se aficiona a ella, no como un oyente distraído, sino como un verdadero cumplidor de la Ley, será feliz en practicarla"* (St 1,22-25).

III. NO BASTA RECITAR LA FE CON LOS LABIOS

5. La tentación de poner la religión en lo puramente exterior es muy grande. De allí que Jesús insista en que no basta rezarla con los labios: *"No son los que dicen Señor, Señor, los que entrarán en el Reino de los Cielos"*. Ni basta enseñarla como una materia escolar: *"Muchos me dirán en aquel día: 'Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre?'"*. Ni siquiera basta desplegar un fatigoso apostolado: *"¿No expulsamos a los demonios e hicimos muchos milagros en tu nombre?"* (Mt 7,21-22).

IV. REVISAR LA CATEQUESIS, LA PREDICACIÓN Y LA TEOLOGÍA

6. El peligro de separar el anuncio de la Palabra de Dios de su puesta en práctica, que acecha a todo cristiano, acecha de manera particular los que trasmitimos la Palabra de Dios: padres cristianos, catequistas, predicadores, docentes de Religión y de Teología. Ello acontece cuando la enseñanza de los misterios de Dios no es hecha en contacto orante con la Palabra de Dios, no trasmite el testimonio de una vida nueva, ni sugiere a los que nos escuchan un cambio de vida acorde con el Evangelio. De allí que muchas veces se desnaturalice la enseñanza que impartimos: la exhortación paterna al hijo se transforma en un sermón fastidioso, el encuentro para la catequesis se vuelve una simple clase de religión, la predicación se reduce a una conferencia u opinión personal, y la clase de teología o los escritos teológicos son sólo una nueva gnosis, que no sirve para la salvación de los hombres.

V. LA GRAN MISIÓN CONTINENTAL

7. La Iglesia de América Latina está embarcada en "una Gran Misión Continental". El sentido profético de esta propuesta es muy profundo. Pero está amenazado por la fantasía de emprenderla como una obra ciclópea apoyada en nuestras fuerzas. Y no, como una renovada siembra de la Palabra de Dios que, para conocerla de veras y sembrarla bien, nos exige ponerla en práctica. Porque sólo practicando la Palabra se la conoce de veras y se la trasmite bien.

8. La próxima Asamblea del Sínodo de los Obispos, abordará el tema de "la Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia". Enfatizará, sin duda, que la palabra de Dios es para recibirla en el corazón, y recibéndola la trasmitamos a los demás, para que a su vez la reciban. ¡Ojala esto aliente luego una seria reforma de

la enseñanza catequística y teológica que se imparte en los diversos centros de estudio y seminarios mayores!

Mons. Carmelo Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia